

**DISCURSO DE CLAUSURA DEL SR. MINISTRO DE PLANIFICACIÓN Y
COOPERACIÓN GERMÁN QUINTANA PEÑA EN LA X CONFERENCIA
DE MINISTROS Y JEFES DE PLANIFICACIÓN DE AMÉRICA LATINA,
EL CARIBE Y ESPAÑA**

Santiago, 26 y 27 de Noviembre de 1998

Estimados colegas y amigos:

Estamos concluyendo una fructífera e intensa jornada de trabajo.

En este seminario hemos buscado evaluar lo que hemos hecho; señalar rumbos hacia donde podemos dirigirnos e indagar sobre el papel que le compete al Estado en este proceso. Estos objetivos se han cumplido con creces.

La riqueza de los análisis que hemos escuchado y la profundidad de las intervenciones y comentarios, nos dará motivo para un largo y detenido proceso de reflexión. A nombre de mi país, quisiera agradecer la oportunidad de intercambios experiencias y lo mucho que hemos aprendido de cada uno de ustedes.

Como es natural, la evaluación de lo que hemos hecho estos años en Latinoamérica y el Caribe, nos arroja una combinación de luces y sombras.

En una primera impresión, quisiera destacar algunos elementos, surgidos de las exposiciones, que me parecen de particular relevancia, dado el consenso que despiertan entre nosotros.

Para comenzar, podemos coincidir en que, aún considerando diferencias y situaciones distintas, reconocemos que en los años 90 América Latina ha tenido éxitos en el proceso de desarrollo, son más los activos que los pasivos como dijo el delegado de Brasil, en particular, si se comparan los resultados obtenidos con el desalentador balance de la anterior "década perdida".

En segundo lugar, de nuestro diálogo se desprende que los éxitos alcanzados son significativos pero no suficientes, ni está asegurado que se sostengan en el mediano plazo.

Lo que caracteriza a nuestro desarrollo como insuficiente, son nuestras propias fragilidades político-sociales, en particular, la persistencia de inequidades sociales en un escenario de creciente competencia internacional.

Lo que lo hace precario, es que sabiendo que subsisten fragilidades e inequidades, teniendo claro que el simple paso del tiempo no soluciona estas carencias y que debemos tomar la iniciativa, nos faltan precisiones sobre las respuestas claves y un adecuado cálculo de los riesgos que se asumen.

En tercer lugar, repito lo que han dicho, de una u otra forma, varios colegas: en un mundo globalizado, los que compiten son los países con todo lo que tienen, con sus instituciones, su capacidad instalada, sus recursos humanos y materiales, con su estabilidad y sus condiciones sociales y con la colaboración alcanzada entre el sector público y privado.

Cuando las empresas compiten solas en el exterior, sin apoyos y sin respaldo, terminan fracasando o llegan a ser controladas desde fuera.

Lo anterior tiene una consecuencia directa: los países que compiten mejor en el exterior, son aquellos que consiguen una mayor cooperación de sus actores internos relevantes.

Para competir con éxito, nuestros países deben integrarse tras objetivos nacionales compartidos y consensuados, buscando obtener beneficios distribuidos según criterios considerados justos por el conjunto de la sociedad.

También a nivel continental o subcontinental, la cooperación entre países termina por favorecer a cada uno de ellos, reforzando su propia soberanía. En efecto, la soberanía ha dejado de ser un tema de debate abstracto. Se trata ahora de un asunto eminentemente práctico.

Un país aislado es siempre un país débil, que se desgasta o que funciona con una fracción de su potencial. No existe una nación, por grande o desarrollada que sea, que pueda apostar a la autosuficiencia.

La globalización, la mayor interdependencia, no tienen por qué constituir una amenaza. Más aún, puede llegar a ser una oportunidad de progreso, tal como nos lo recordara el representante de la CEPAL.

Por eso, en cuarto lugar, debemos felicitar al ILPES por un enfoque de análisis acertado, que compartimos en lo medular: el crecimiento económico, la equidad social y el desarrollo democrático se potencian entre sí.

Esto, a mi juicio, quiere decir que los límites del ejercicio democrático no están circunscritos al ámbito exclusivamente político, ya que sin participación social se termina por perder adhesión ciudadana y el voto termina representando menos y a menos.

Por su parte, los límites del crecimiento no se encuentran en el terreno de lo económico, porque sin estabilidad política no hay desarrollo posible y sin un cambio educativo sostenido a lo largo del tiempo, no se tiene la suficiente capacidad de innovar, que es la mayor riqueza de una nación.

Los límites de la equidad no corresponden sólo a un asunto social, porque no se trata de repartir equitativamente la miseria sino las mayores oportunidades que genera una sociedad, y porque solo en democracia se respetan los derechos de los más débiles y solo en democracia se asocia la dignidad de las personas a la participación real en la toma de decisiones de una comunidad.

En quinto lugar, creo que basta escuchar el fecundo intercambio de ideas y experiencias que hemos sostenido ayer y hoy para darnos cuenta que se equivocan quienes creen que el debate económico y social se ha interrumpido en América Latina y en el mundo.

Tenemos consensos básicos sobre la relevancia de la empresa privada, la apertura al exterior, el papel regulador del Estado y el manejo responsable de la política fiscal, como elementos importantes en el ámbito económico-social. Sin embargo, no hay, en la actualidad, un modelo indiscutido de desarrollo y estos consensos no resuelven nuestras principales dudas de hoy.

En rigor, no hay modelo alguno que sea capaz de decidir por nosotros; mucho menos si es aplicado mecánicamente.

En sexto lugar, me parece que se desprende de lo anterior, que tenemos un abanico de opciones disponible dentro de los consensos actuales.

En el ámbito económico, tenemos acuerdo en que debemos crecer con iniciativa privada y con apertura externa, pero algunos querrán crecer sin condiciones ni límites y otros queremos crecer velando por comunidades, territorios y recursos. Ambas opciones están abiertas.

En el terreno político, nuestras democracias se afianzarán o se debilitarán, pero sería ingenuo esperar que permanezcan tal cual las conocemos hoy. En algunos lugares parecerá que hay democracia, se utilizarán los instrumentos de la democracia, pero lo que se vivirá será algo por completo diferente. En otros, buscaremos acortar la brecha entre gobernantes y gobernados, a través de instrumentos y conductas que permitan acercar el Estado a las demandas y propuestas de las personas. Ambas alternativas son posibles.

En el aspecto social, algunos optarán sólo por insistir en focalizar más eficientemente los subsidios buscando atacar los resultados de la inequidad. Otros, implementaremos reformas orientadas a establecer una mayor igualdad de oportunidades para nuestros ciudadanos, en un proceso creciente de entrega de información que les permita tomar las decisiones fundamentales respecto de su destino.

El Estado puede dedicarse a asegurar un "entorno propicio", como nos decía ayer el Sr. Rubens Ricupero, o puede ser un muy activo promotor y defensor de las personas. Ambas opciones son posibles.

Asumir la segunda de estas alternativas requiere de un esfuerzo enorme, porque la tendencia imperante en nuestros países es al debilitamiento de los Estados y a la limitación de su influencia.

Un último punto que deseo destacar, es que se ha discutido con intensidad cuánto debe intervenir el Estado y qué tamaño debe tener.

Las respuestas serán tan variadas como países se consideren, pero, además ellas dependen de una interrogante anterior: ¿para qué queremos al Estado? ¿hacia donde deseamos orientarlo? Podemos protegernos en lugares comunes, pero me parece que no deberíamos hacerlo.

Hasta el momento ha parecido que el espacio que gana el Estado lo pierde el ejercicio de la libertad de las personas. En el futuro quedará cada vez más claro que existe una tercera opción: utilizar la capacidad del Estado para potenciar la libertad de las personas.

En el fondo, nuestro dilema básico consiste en escoger entre ciertas formas de desarrollo y modos de convivencia que buscan concentrar el poder en unos pocos, y otras, que permitan distribuir ese poder entre todos los actores de la sociedad.

Que esta reunión sirva de estímulo e invitación para asumir la tarea de transformar al Estado, como lo señalara el delegado de Bolivia, en un agente promotor, planificador y coordinador del desarrollo, en síntesis, en un instrumento al servicio de la gente.

Desde ya, mis felicitaciones a la delegación de Uruguay, que ha sido designada responsable de la organización de la Undécima Conferencia de Ministros y Jefes de Planificación de América Latina y el Caribe. Nos vemos en Montevideo.

Muchas Gracias.

